

III

EL ARNO

Sabiendo del palacio Pitti se entra en la ciudad antigua por tres puentes á eleccion; el Puente Viejo, que conduce á la plaza de la Señoría; el puente de la Trinidad, que conduce á la plaza del mismo nombre, y el puente de la Caraja, que conduce á la plaza de Santa Maria la Nueva.

A propósito de puentes, como debo una satisfacción al Arno, el lector no llevará á mal que se la dé en este sitio. No sé donde ha estado que el Arno era despues del Var el rio mas grande y sin agua que he conocido. Del Var no digo nada; poco acostumbrado á hallarse en las rimas de los poetas, aun acaso se honraria él mismo

con la comparacion, porque no ha sido celebrado como el Arno. Este, haciéndose aristócrata, ha llegado á ser quisquilloso. El Arno se cree insultado, no diré en su agua pero sí en su honor. El Arno ha reclamado, no por el órgano de los diarios, como se hubiera hecho en Francia, felizmente no hay periodistas en Toscana, sino por la voz de sus conciudadanos.

Una de las cosas notables de Italia es la nacionalidad. No hablo de esa nacionalidad que une los hombres con ese gran lazo político, civil y religioso que hace poderosos á los estados y fuertes á los pueblos, sino de esa nacionalidad mezquina, individual, egoista, que se remonta á los tiempos de las pequeñas repúblicas. Es preciso no hablar demasiado mal de esta nacionalidad, tan mal entendida á primera vista: á ella debe la Italia la mitad de sus monumentos y las tres cuartas partes de sus obras maestras.

Pero hoy, que tanto en Italia como en los demás países del mundo, se levantan muy pocos monumentos y se ejecutan poquísimas obras maestras, esta nacionalidad se subleva contra lo que viene del extranjero. Todo al contrario de la Francia que, madre pródiga, hace gran comercio del genio de sus hijos, desprecia todo lo que tiene, exalta lo que le falta; la Italia es una arca santa guardada por un ejército de anticuarios, de sabios y de poetas, y el que toca á uno de sus mil tabernáculos es al instante herido de muerte.

Un florentino llega á Paris, mide el Sena, y en aquel instante encuentra cien parisienses para calumniarle: no sucede así en Florencia. He dicho que el Arno carece de agua, y Florencia no hubiese estado tranquila si no me hubiese probado que rebosaba: es verdad que se me ha probado de un modo parecido al que empleaba el bailio para probar á Cadet-Roussel que él era un pes-

cado. Pero ¡qué importa! como Cadet-Roussel he concluido por decir que yo estaba equivocado; y yo creo que hoy la capital de la Toscana casi me ha perdonado el error en que habia caído.

Pero yo habia sido arrastrado á aquella heregia por un precedente auténtico. Uno de mis amigos habia estado en Toscana por el invierno de 1832. El invierno de 1832 habia sido muy lluvioso, como se sabe, y el Arno habia crecido. Mi amigo habia encontrado por el camino de Liorna á Florencia una porción de dificultades con los veturinos, lo que le habia hecho singularmente sentir la fácil locomoción del buque de vapor. Llegado al hotel de Mad. Humbert, vió desde sus ventanas el Arno que corria lleno su cauce: llamó á un criado.

— ¡Diantre! teneis aquí un magnífico rio, amigo mio, le dijo: ¿á dónde va con esa agua?

• — Escelencia, va á Pisa.

— ¿Y de Pisa?

— A la mar.

— ¿Y siempre con tanta agua?

— Siempre, Escelencia.

— ¿En verano como en invierno?

— En verano como en invierno.

— Pero entónces ¿por qué no se va á Pisa en barco de vapor?

— Porqué no los hay, Escelencia.

— Porqué no los hay? preguntó mi amigo.

— ¡Pshe! contestó el florentino.

Era una respuesta que podia interpretarse de mil maneras, pero mi amigo la interpretó así:

— El único país verdaderamente civilizado es la Francia, porque el resultado de la civilizacion es el barco de vapor y el camino de hierro. La Toscana no tiene todavia ni camino de hierro ni barco de vapor.

Esto es muy sencillo; pero el primer industrial que trazase un camino desde Liorna á Florencia, ó una linea de vapores desde Florencia á Pisa, haria buen negocio.

— ¿Porqué no seré yo ese industrial? se decia á sí mismo.

— Lo seré, se respondió, continuando dirigiéndose á su persona.

Así tomada esta resolucion, vaciló un instante entre el camino de hierro y el barco de vapor.

El camino de hierro necesitaba inmensas concesiones de terrenos, y hay cerca de veinte leguas desde Florencia á Liorna: era una empresa de sesenta á setenta millones, y mi amigo que de artista que era se hacia á vista del Arno especulador repentinamente, á la manera que ciertos cardenales se hacen papas por inspiracion tenia apenas en su bolsa justamente lo necesario para volver á Francia.

Por el contrario, el barco de vapor necesitaba escasamente un depósito en caja de un millon ó millon y medio. ¿En qué consiste que sobre la probabilidad de una idea se encuentra en Francia millon y medio?

Mi amigo se fijó, pues, en el barco de vapor.

Dirigió al punto una solicitud al gobierno á fin de asegurarse de si podia establecer, aunque fuese extranjero, una empresa gigantesca que habia concebido despues de profundas meditaciones, y de la que debia resultar el mas gran bien para la Toscana.

Escusado es decir que el peticionario se guardó bien de anunciar cual fuese aquella empresa, por temor de que le robasen la idea.

El Gobierno respondió que toda industria era libre en los Estados del gran duque: que lejos de poner obstáculos á las empresas particulares que debian contribuir á la prosperidad pública, el ministerio las alentaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

que el peticionario podia, pues, con toda seguridad fundar las bases de su empresa, cualesquiera que ellas fueren.

El peticionario saltaba de gozo: volvió á tomar su asiento en la diligencia de Liorna, se embarcó en el primer vapor que llegó: dos dias despues estaba en Francia, tres dias despues en Paris.

Era la época en que todas las ideas de especulacion se dirigian á la industria: habia empresas permanentes de especulacion: mi amigo corrió á una de esas empresas.

Cayó en medio de una sociedad de capitalistas. El momento estaba bien elegido, habia allí cinco ó seis millonarios que no sabian que hacer de sus millones.

Mi amigo pidió ser introducido, y le preguntaron su nombre: iba á decirle, cuando recordó que siendo su nombre artístico pudiera muy bien ser la causa de que se le cerraran todas las puertas, Recogió la primera silaba que habia soltado ya, y respondió con una voz llena de magestad:

— Anunciad á un hombre que tiene en el pensamiento una especulacion.

El criado dió el recado en los términos testuales en que le habia sido dado, y mi amigo fué introducido al instante mismo en el *sanctum sanctorum* financiero.

— Señores, les dijo, vuestros instantes son preciosos; seré breve. Vengo á proponeros establecer barcos de vapor en el Arno.

Hubó un instante de silencio, los capitalistas se miraron; despues uno de ellos, respondió á nombre de todos, preguntó:

— Antes de nada. ¿Qué es el Arno?

Mi amigo dejó escapar una imperceptible sonrisa, y respondió:

— Señores, si yo mismo os dijere lo que es el Arno,

como estoy interesado en la cuestion, acaso no me creerian. Yo os preguntaré pura y simplemente, si poseeis un diccionario de geografia y una carta de Italia.

— No, respondió uno de aquellos señores; pero con el dinero se tiene todo lo que se desea, y asi no hay mas que tomar dinero, é ir á buscar en casa del primer librero que se encuentre lo que pedis.

— Enviad, pues, dijo mi amigo: los dos objetos son indispensables para el asunto.

Se envió á un escribiente, que volvió al instante con un *Diccionario de Vosgien*, y la carta de la Italia de Cassini.

— Leed vos mismo el artículo Arno, dijo mi amigo al especulador que se hallaba mas cerca de él, y que se le habia indicado como el mas rico capitalista de la sociedad.

El capitalista tomó el diccionario, le volvió y revolvió, y despues de estarle hojeando, le pasó á su vecino: no sabia leer.

El vecino, que era mas fuerte en educacion, lo que hacia que fuese menos rico, abrió el tomo en la letra A, página 58, y al final de la segunda columna, leyó lo que sigue:

« Arno, *Arnus*, gran rio de Italia, en la Toscana: tiene su nacimiento en el Apenino, pasa por Florencia y Pisa, y desemboca en el mar un poco mas abajo. »

El artículo era de una redaccion bastante mediana como idioma, pero demasiado clara como topográfica.

— Arno, *Arnus*, gran rio de Italia en la Toscana: tiene su nacimiento en el Apenino, pasa por Florencia y Pisa, y desemboca en el mar un poco mas abajo, repitieron en coro los capitalistas.

— ¡Ah, ah! dijo el especulador que no sabia leer.

— ¡Diablo! respondieron los otros.

— Arno, *Arnus*, gran río de Italia, en la Toscana : tiene su nacimiento en el Apenino, pasa por Florencia y Pisa, y desemboca en el mar un poco mas abajo, repitió á su vez mi amigo apoyándose en cada palabra, deteniéndose en cada sílaba.

— Lo entendemos bien, lo entendemos bien, dijeron los capitalistas.

— No es eso solo lo que hay que entender, señores, añadió mi amigo con una voz que se habia fortalecido con toda la suma de confianza que veíase se le comenzaba á conceder.

Y desplegó sobre la mesa una carta de Cassini, con el mismo gesto que pondria Napoleon cuando le dijo á Luciano : — « Escoge entre los reinos de la tierra. » — Despues apoyando la punta del dedo hácia el medio de la Peninsula :

— Señores, dijo, hé aqui el Arno.

Y se veía una linda pequeña línea tortuosa que, como lo indicaba el diccionario, tenia su nacimiento en el Apenino, y desembocaba en el mar á la derecha de Pisa.

— Ahora, añadió, no es posible que no hayais oído hablar de Pisa y de Florencia, las dos ciudades mas visitadas de Italia.

— ¿No es hácia ahí, preguntó el especulador que no sabia leer, en donde Mr. Demidoff tiene una manufactura de sedas, y Mr. Larderelle una fábrica de productos del borax?

— Precisamente, señores, precisamente, exclamó mi amigo. Pues bien, de Florencia á Pisa y de Pisa á Florencia, no se comunican sino por medio de calesas y diligencias : en las calesas llevan seis francos por persona, y las diligencias nueve francos. Las calesas tardan ocho horas en recorrer el camino, y las diligencias doce. Nosotros

establecemos dos barcos de vapor, que suban y bajen el Arno todos los dias : llevamos tres francos en lugar de seis y hacemos el viage en cinco horas en lugar de doce : haremos desterrar las calesas, desbancaremos las diligencias y haremos fortuna.

— Pero, dijo uno de los capitalistas que pasaba por el hombre político de la sociedad, porque era propietario de una accion del *Constitucional*; pero la Toscana es un pais que no tiene constitucion, ni código civil; es un pais donde impera el despotismo, y donde no obtendremos nunca el privilegio para establecer una empresa que debe llevar las luces.

— ¡Y bien! Estais en un error, dijo mi amigo. La Toscana tiene un código, y lo que vale mucho mas que una constitucion, un soberano á quien adora. No conoce privilegios. Toda industria es completamente libre, y cada uno puede ir allí á fundar el establecimiento comercial que le acomode.

— ¡Oh! oh! oh! dijo el accionista del *Constitucional*, no nos hareis creer cosas maravillosas, jóven!

— Leed, dijo mi amigo desplegando ante sus ojos la contestacion que habia recibido del ministerio.

La carta pasó de mano en mano, y se detuvo en la del capitalista que no sabia leer, el cual la volvió á cerrar, y la volvió á su propietario con un gesto lleno de cortesía.

— ¿Qué decis, señores? preguntó mi amigo.

— Pues bien, nosotros decimos, querido, que podeis muy bien tener razon. Haced vuestros cálculos, nosotros haremos los nuestros, y volved mañana á la misma hora.

— Mi amigo pasó el resto del dia y parte de la noche en poner cifras unas debajo de otras.

A la mañana siguiente á la hora convenida, se hallaba otra vez allí para asistir á la cita.

Comparó sus cálculos con los de los capitalistas: no habia entre ellos mas que unos cien mil francos de diferencia, lo que dió á los capitalistas una alta idea de la capacidad de mi amigo.

Celebrada la sesion, se fijaron las bases de una sociedad bajo el capital de 1.600,000 francos. Mi amigo fué nombrado gerente con 12,000 francos de sueldo, y una sesta parte de los beneficios.

Despues se decidió que como no habia en Toscana, ni concesiones ni privilegios, era preciso no divulgar la especulacion, enviar dos vapores de Marsella, y el día menos pensado arribar á Pisa, como Napoleon habia arribado al golfo Juan, es decir, sin ser esperado, y al punto poner en ejecucion el proyecto.

La construccion de los vapores tardaria seis meses: costarian 500,000 francos cada uno: quedaban pues, seiscientos mil francos para la instalacion; era el doble de lo necesario. Por la primera vez los gastos habian sido menores que el presupuesto.

Se dejó á mi amigo la eleccion del título de los vapores, al uno le llamó *Dante*, al otro *Corneille*; era este un llamamiento á la fraternidad futura de las dos naciones.

Los dos navios anclarian en el puerto de Liorna despues de una navegacion de treinta horas: eran dos horas mas, solo que no hacen el mismo viage hoy las embarcaciones del Estado.

Todos los presagios como se ve eran favorables.

Mi amigo tomó su asiento en una calesa, y marchó á Florencia, donde creia que tendria algunos negocios que hacer antes de poner su empresa corriente.

Llegado cerca de la Ambrogiana, se encontró cerca

de una inmensa rambla en el fondo de la que corria un riachuelo.

Preguntó con una sonrisa de desprecio que cual torrente era aquel que causaba tanto embarazo para tan poca cosa, y al que le era necesario para tan mezquina corriente, un cauce tan grande.

El calesero, que era de Luca, y que por lo tanto no tenia motivo alguno para ocultar la verdad, le respondió que era el Arno.

Mi amigo exhaló un grito de terror, hizo detener el carruage, saltó á tierra, y descendió corriendo hácia el rio. El calesero que estaba pagado, continuó su ruta hácia Casellino, donde encontró un viagero que mediante cuatro *pauli*, ocupó el asiento vacante. Era un mercado de oro para los dos.

Durante este tiempo, el gerente de la sociedad de los vapores el *Dante* y el *Corneille*, habia llegado cerca del arroyo, que sondeó con su baston, y midió con sus ojos.

En su mayor profundidad tenia quince pulgadas, y en su mayor anchura diez y ocho pies.

Subió orilla del rio una legua, y reconoció que habia sitios en los que todo lo que se podia hacer era conducir un barco de carton.

Al terminar la legua encontró á un aldeano que pescaba cangrejos revolviendo las piedras y que le llegaba el agua hasta el tobillo. Le preguntó si el Arno estaba frecuentemente en el deplorable estado en que le veia.

El aldeano respondió que lo mismo estaba durante nueve meses del año.

Mi amigo no creyó necesario ir hasta Florencia, y volvió á Liorna en la mayor consternacion.

Allí confesó todo á sus comitentes, les dijo que se habia engañado, y que por consecuencia debia sufrir la

pena de su error. Poseía cuarenta mil francos : era toda su fortuna : los ofreció á la sociedad á título de daños y perjuicios

La sociedad declaró que la cosa era grave, y que era preciso deliberar en consejo general.

El consejo general decidió que se vendieran los vapores y que mi amigo abonara las pérdidas.

Felizmente, hácia el mismo tiempo, un barco de vapor se botó al Sena y otro al Ródano.

La sociedad ofreció los suyos, y como estaban dispuestos, lo cual permitía á las compañías del Sena y del Ródano continuar su servicio sin interrupcion, se aprovecharon de las circunstancias, y ganaron aun cincuenta mil francos.

Gracias á esta circunstancia, conservó mi amigo sus cuarenta mil francos, que colocados al 5 por 100, le dan dos mil francos de renta, las cuales dos mil francos de renta se come tranquilamente en Provenza, disgustado de las especulaciones, y temblando cada vez que se le habla de un río.

Pues hé ahí lo que sucedió á mi amigo respecto del Arno : lo cual, autorizado con el testimonio de mis propios ojos, me pareció me autorizaba á emitir sobre este río la opinion que tanto habia estrañado Florencia, y de la que habia tenido tanto empeño en que me retratase.

He ahí las pruebas que se me habian dado. Las entrego á los lectores con toda sinceridad.

Desde luego habia habido ademas del diluvio universal de Noé y el parcial de Ogygés, que segun los sabios se estendió hasta Florencia, tres desbordamientos del Arno : el primero en el siglo XI, el segundo hácia el fin del XII y el tercero al principio del XIV. En aquellos tres desbordamientos quince casas se habian hundido y

tres personas habian perecido. Se iba en barcas por las calles. Me enseñaron un antiguo grabado que representaba este último acontecimiento : hacia estremecer ; la ciudad estaba toda llena de agua, y un navio de setenta y cuatro cañones hubiera podido navegar sobre la plaza de la Trinidad.

Desques de la relacion de estos tres deplorables acontecimientos, viene la de las fiestas de que el Arno habia sido teatro, y para cada una de las que habia prestado el socorro de sus abundantes aguas. Fueron aquellas fiestas tan prolongadas y numerosas, que su programa solo formaria un volumen : asi no citaremos sino tres, en las cuales se verá primero el Arno representando el papel de Acheronte, despues el Arno representando el papel del Newa, y por último, el Arno representando el papel del Hellesponto. El Arno es el buen uan de los rios : él se presta á todo con la buena fé de la fuerza y la complacencia de la superioridad.

Al año de gracia de 1304 se remonta la fiesta mas antigua que el río florentino cita en sus pruebas de nobleza : tuvo lugar á propósito de la llegada á Florencia del cardenal Nicolás de Prato, legado de la Santa Sede, y la cual fué dada por el burgo Santriano.

Un dia se halló anunciado, no solamente en las calles de Florencia sino tambien en las de todas las ciudades de la Toscana, que el que tuviera deseo de tener noticias del otro mundo, no tenia que hacer mas que hallarse el dia de las calendas de mayo sobre el puente de la Caraja, y que allí se le darian ciertas y fidedignas.

Se comprende que semejante anuncio despertó una curiosidad general : era justamente la época en que acababan de aparecer los seis primeros cantos de la *Divina Comedia*, y el infierno estaba á la moda.

Cada uno por su parte acudió el dia indicado : todo

el mundo se agolpó al puente de la Caraja, que en esta época era de madera, y en los malecones que están á su alrededor; todas las ventanas que daban al Arno estaban llenas de espectadores, como los palcos de un teatro en un dia de entrada gratis.

Así, pues, se habia construido en medio del rio y á cada lado del puente de la Caraja, con la ayuda de barcos y barcas detenidos por estacas, unas especies de simas infernales iluminadas por llamas de color, y en cuyo fondo se veía agitar arrojando gritos lamentables y apretando los dientes, algunos individuos con el traje histórico de nuestros primeros padres, los cuales representaban á las desgraciadas almas en pena *della città dolente*. Bastante número de diablos y demonios de horrible aspecto teniendo en la mano látigos, tenazas y pinchos, vagában por medio de las llamas entre las que hacian redoblar los llantos y las contorsiones, abrumándolas á golpes; muy terrible era este espectáculo de ver. Pero cuanto mas terrible de ver era el espectáculo, tantos mas espectadores atraia; y tantos atrajo, y fué tal el amontonamiento por verlo de mas cerca, que de repente se rompió el puente y se hundió con todas las personas que tenia, cayendo sobre los diablos y los condenados, que aplastaron, haciéndose pedazos con ellos. Tanto, dice sencillamente Juan Villani, que cuenta esta catástrofe, que hubo mas de mil quinientas personas que, realizando la promesa del programa, tuvieron aquel dia noticias ciertas del infierno, yendo á buscarlas ellas mismas, y esto con grande dolor y gran duelo de toda la ciudad, en la que eran muy pocas las personas que no tuviesen que llorar un hijo, una mujer, un hermano ó un marido.

La segunda fiesta fué mas alegre, y felizmente no tuvo ninguna consecuencia desagradable: tuvo lugar

en 1604, año durante el cual el frio fué tan intenso que el Arno se heló como hubieran podido hacerlo el Danubio ó el Volga. Este suceso, casi sin ejemplo en los fastos toscanos, le dió un poco de aire septentrional, del que los florentinos resolvieron aprovecharse para estender la fama de su rio. Se trató de organizar sobre este hielo desconocido una fiesta tan grande y tan magnífica como se hubiese podido dar en la arena de un circo.

El lugar escogido para el espectáculo fué el espacio comprendido entre el puente de la Trinidad y el puente de la Caraja. Es el sitio en donde en verano como en invierno, el Arno, gracias á un dique construido á cien pasos mas abajo de este último puente, se presenta en toda su magestad y toda la abundancia de su corriente. Los palcos destinados á servir de gabinetes de tocador á los que debian tomar una parte activa en la fiesta, fueron los arcos de los puentes, cubiertos por tapices.

Cuando cada cual hubo ocupado su puesto en el grupo á que pertenecia y estuvo disfrazado con el traje que debia llevar, empezó á verse la procesion, saliendo del arco vecino de San Spirito. Seis tambores marchaban á la cabeza, despues iban seis trompetas vestidos con mucho gusto: las trompetas como se sabe, representan un gran papel en todas las fiestas de la república florentina: detrás de las trompetas avanzaba una mascarada cómica, compuesta de unos treinta jóvenes que debian correr el Pallium con los pies desnudos: á esta mascarada seguia otro grupo de coros vestidos de ninfas, sentadas en taburetes, teniendo sus piernas hinchadas á la manera de los gotosos, y no marchando sino con la ayuda de dos muletitas, de las que tenian una en cada mano, ejercicio que daba lugar á los accidentes mas cómicos y á las caidas mas enmarañadas; en fin, venian

sobre carros chatos y largos, hechos por un modelo antiguo, escurriéndose sobre patines de cobre, y tirados y llevados por los niños. los caballeros preparados para la justa, montados á caballo sobre una silla de montar, á fin de que fueran mas libres sus movimientos.

Quando la procesion hubo dado la vuelta al circo á fin de ser vista y admirada de los espectadores que llenaban los puentes y los malecones, los coros descalzos se retiraron bajo el primer arco vecino de la Trinidad, los coros gotosos bajo el segundo arco, y en fin, los caballeros bajo el tercero; y al punto comenzó uno de los mas divertidos y ridiculos espectáculos que se pueden ver, porque los coros de los pies desnudos, habiendo salido de su arco y echado á correr, les fué imposible mantenerse sobre el hielo, cayendo alguno de cuatro en cuatro pasos, el que estendiendo las piernas hacia caer á otro de sus camaradas, el cual comunicaba la caida á un tercero, y asi todos los demas, hasta que estuvieron todos tumbados.

Despues de esta carrera vino la de los gotosos, mas cómica todavia que la primera, por los esfuerzos estravagantes que hacian los pobres estropeados que obligados á servirse de sus brazos en lugar de sus piernas, o avanzaban sino haciendo movimientos los mas grotescos y exagerados: de diez en diez pasos caian de sus taburetes, escurriéndose alguna vez sobre su espalda á liez ó doce pasos de distancia por la impulsión que se habian dado á si mismos, parecidos á las pelotas que los niños en sus juegos lanzan rasando la tierra.

En fin, vino la última carrera, que era la de los caballeros. Esta se ejecutó contra un gigante sarraceno todo cubierto de hierro, montado sobre un carro y apoyado contra todos los golpes que pudiera recibir, por

cuatro hombres ocultos detrás de él, los cuales permanecian fijos en su puesto, gracias á los clavos de que estaban armados sus zapatos.

Despues que cada caballero rompió doce ó quince lanzas, se reunieron para una evolucion general: despues cambiando de maniobra, corrieron el uno contra el otro, armada la punta de la lanza de platos de loza, que chocándose el uno contra el otro, se rompía con gran ruido y volaban en mil pedazos.

En fin, vino la tercera y la mas magnífica de las fiestas que han ilustrado al Arno: la que tuvo lugar en 1618, en el reinado de Cosme II, y que fué dirigida por el célebre Adimari. Aquella fiesta representaba los amores de Hero y Leandro. Dejemos describirla al programa mismo: no haríamos ciertamente una relacion que pintase tan bien como él el carácter de la época en que se dió aquella fiesta, y que correspondia entre nosotros á los primeros años del reinado de Luis XIII.

« Hero, muy bella y noble jóven, sacerdotisa de Venus, deseando, de acuerdo con su amante Leandro, mostrar á la Italia lo que es un amor constante, obtiene de la diosa de la belleza no solo abandonar los Campos Eliseos para volver á la tierra con los mismos sentimientos que siguen al alma en la tumba, sino que es autorizada para metamorfosear por hoy el real rio Arno en el antiguo y famoso Hellesponto. Se ve, pues, á la vez sobre las dos costas de este estrecho, cuyo pequeño espacio separa Europa de Asia, suspirar sobre su roca de Sestos la amorosa jóven, mientras que en la otra costa el amoroso jóven, parte de Abydos á nado, y se espone, por pasar una hora con su querida, á este peligroso paso. Entonces la diosa, sentada en una nube entre estos dos amores tan tiernos, cede á la compasion que le inspira Leandro, y estiende de una costa á otra el famoso

punte que Xerxes quiso dos veces echar para marchar á la conquista de Grecia. Pero los pueblos de la Europa, aprovechando la ocasion que se les ofrece de adquirir la antigua gloria de sus antepasados, no solo defienden al esposo amante, sino que prueban tambien á defender el puente con un ejército numeroso, á cuya tentativa se oponen los asiáticos con la ayuda de otro ejército no menos numeroso, indignado de que el arte trate de reunir las dos tierras que la naturaleza ha separado.

« Los europeos avanzan, pues, bajo la presidencia de la ninfa Europa, la cual, para inflamar á sus soldados, les promete en recompensa de su victoria, el mismo toro en que se convirtió Júpiter cuando la trasportó de Fenicia á Creta. Por su parte, los asiáticos vienen bajo los auspicios de Pan, su antiguo dios, el cual para animar á sus tropas, promete á los vencedores un inmenso tonel lleno de su primer licor.

« Entonces comienza en este puente, atizada por Vénus, una terrible lucha entre los dos pueblos. Felizmente, Cúpido que teme los desastres de tal combate, apenas ve los ejércitos en presencia uno de otro, cuando de la cima de las dos rocas opuestas hace volar dos amores que vienen, con su antorcha en la mano, á separar por un fuego artificial los asiáticos de los europeos, mostrando, con el ejemplo de sus leales amantes, y de sus fieles esposos, cuán dignos son de memoria aquellos que, sin temor al peligro, saben noblemente llevar á buen fin las empresas de la guerra ó las aventuras de amor. »

Como se ve, por miedo sin duda de desconsolar á los florentinos, el traductor de Pindaro, habia tergiversado, no ya la historia, sino la fábula, coronando los amores de Hero y Leandro, con un matrimonio. Esto recuerda á nuestro buen Ducis, que viendo el terrible efecto que

habia producido el final que habia puesto á su Otelo, puso inmediatamente uno segundo al gusto de las almas sensibles.

Mas acaso la verdadera causa de aquella sustitucion, fué que no habia en el falso Hellesponto bastante agua para nadar Leandro (1).

(1) En el momento en que escribo estas lienas recibo una quinta carta llena de injurias, al final de la cual como de las precedentes, busco inútilmente su nombre. Responderé á ellas con un cuentecillo.

« Llegado á Florencia, mientras dormia, me picó un alacran. Busqué durante ocho dias inútilmente al venenoso animal que se habia aprovechado de la oscuridad para esconderse y huir; al noveno le descubrí por fin, y le aplasté. » — 6 de Abril de 1842